

HAYLEY KIYOKO

***A las chicas
les gustan
las chicas***

GRANTRAVESÍA

Dedicado a cualquiera que alguna vez
se haya sentido un caso perdido y no creyó
que podría tener un final feliz. Tú vales.



UNO

¿Te cuento un secreto?

Pensándolo bien... ¿cuándo ha respondido alguien que no a esa pregunta? Aunque estés segura de que puede ser una sentencia de muerte o algo por el estilo, hay una parte de ti que necesita responder que sí, ¿verdad? Una parte que, más que nada en el mundo, quiere saberlo.

Yo de secretos lo sé todo. De los buenos: regalos de Navidad, escapar de clases, cajas escondidas de fideos de colores para decorar pasteles de cumpleaños. Y de los difíciles: los que te carcomen hasta que consiguen liberarse de ti en forma de grito. De los malos, que son, más que secretos, mentiras: *Estoy bien, Coley* (no estaba bien). *Llamaré a mi terapeuta* (no lo hizo). *Aquí estaré cuando regreses del instituto* (mentirosa, mentirosa, mentirosa).

Alguna vez pensé que lo tenía controlado. Era como hacer juegos malabares: los secretos de mamá y los míos, y nunca debían encontrarse. Pero todo se desmoronó.

Y ahora no tengo madre, y papá apenas tiene idea de lo que significa ser padre, y hay demasiadas cosas a punto de estallar dentro de mí. Secretos que, cuando te pones a discernirlos, parecen más bien verdades:

No soy como las otras chicas.

Y no, no lo digo de esa manera engañosa que usan los tipos cuando quieren halagarte. Por favor, tenme un poco de confianza.

Ves películas, escuchas un montón de canciones, lees historias de amor, y en todas te dicen cómo *se supone* que debe ser:

La Chica tiene dos trenzas y es pecosa y muy dulce. Con tenis luminosos y vaqueros rotos, juega, salta y gira en la acera. Nada le preocupa. Ninguna pregunta la atormenta. Nada de *¿Y si eres...?*

Así, la Chica crece. La Chica hace que el chico de al lado se tropiece cuando la ve, o que el jugador de fútbol americano falle sus pases, o que el tímido friki demuestre su valía (cuando las cosas se ponen intensas al cambiar de imagen, seamos realistas). Y entonces, la Chica toma del brazo a su chico, y son felices para siempre. Es un tópico tan trillado que quizá tenga una zanja en medio. Es el camino que supuestamente tienes que escoger. El que todo mundo espera que recorras.

Pero tú, la chica que no es como las otras chicas... tú bajas la mirada para ver el camino, y no es tan radiante y luminoso. Pensar en él no te hace sentir como lo describen en los cuentos o las canciones. Y no todas esas personas están mintiendo... lo que significa que hay un secreto que no te dices ni siquiera a ti. Esa sensación que no puedes, y tal vez tampoco quieres, nombrar.

La apartas de ti, la ignoras como si fuera una planta marchitándose. Pero eres tú la que se está encogiendo.

Y un día te das cuenta: no es que no seas como otras chicas.

Es que nunca has conocido a una chica como tú.

Pero luego, sí. Por fin, *la* conoces.

Y de pronto, todas las canciones tienen sentido.

DOS

Usuario de LJ: SonyatSunriseX00x [entrada pública]

Fecha: 8 de junio de 2006

[**Humor:** equis]

[**Música:** "SOS" - Rihanna]

Aburrida. Aburrida. Aburrida.

En este pueblo, nada cambia jamás. Salvo que creo que está volviéndose más caluroso. Tal vez esa película de Al Gore tenga razón.

Me he visto reducida a hablar del clima, queridas. ¡Que alguien me salve de este horrible destino! Decidme que mañana hay una fiesta, un plan, o que algo va a pasar. Necesito desesperadamente una distracción.

xoox
Sonya

Comentarios:

TonofTrent0nnn:

Yo puedo distraerte cuando quieras.

SonyatSunrisexx00xx:

Ah, Trenton, no estaba pensando en eso.

SJBabayy:

Jajaja, Trenton, ¿nunca piensas en otra cosa?

SJBabayy:

¿Queréis ir mañana al club ese? Alex dice que conoce a un tipo que nos puede colar.

SonyatSunrisexx00xx:

¡Sí! ¡Llama a Alex!

MadeYouBrooke23:

¿No os lo ha dicho Trenton? Se lo pedí cuando fuimos a la tienda de piercings. ¡Hoy es el día para ir al lago! Pero tengo que esperar a que mi madre se vaya a trabajar porque sigue cabreada por el piercing que me hice en el ombligo.

SJBabayy:

Espera. ¿Te has hecho el piercing en el ombligo y no me has pedido que te acompañara?

SJBabayy:

¿Por qué estaba Trenton contigo?

SonyatSunrise00xx:

Sí, Brooke: ¿por qué estaba Trenton contigo?

MadeYouBrooke23:

Me ofreció llevarme porque no podía usar el coche de mamá.
¿No os acordáis que os dije que es anti piercings? ¡Ya os lo
había contado! Mira que sois raros.

SonyatSunrise00xx:

Lo que tú digas. Llama cuando llegues al lago.
Si quieres.

TRES

La cuestión es la siguiente: yo no debería estar aquí. Bueno, nunca he sentido que deba estar en ningún lugar. Nunca soy lo suficientemente blanca, o lo suficientemente asiática. Nunca soy... lo suficiente.

Pero heme aquí, en un estúpido pueblo perdido en medio de la nada, en Oregón. Hay más árboles que gente.

Echo en falta el sonido de *la vida*, ¿sabes? Gente en la calle. Sirenas. Cláxones, voces, luces y el zumbido que viene con un montón de casas apiñadas en un espacio diminuto.

Pero aquí está tranquilo y todo es amplio, y chirrían los grillos... o sea, en serio *chirrían*. Las sombras que los árboles proyectan por doquier lo vuelven todo más verde aún, hasta que quedas tan empapada del verdor que bien podrías ser un duende.

No tendría que estar aquí, pero lo estoy. Arrojada en medio del páramo de Oregón con mi padre. Y el problema no es que llevara tiempo sin verlo, sino que el pobre es un inútil. Pero supongo que hay cosas que obligan a algunos inútiles a estar a la altura de las circunstancias. En este caso, las circunstancias son que no quedaba nadie más.

Mamá se había ido. Y ésta era una sensación muy real y muy falsa al mismo tiempo.

Yo no quería mudarme aquí. Se lo dije a él muchas veces, en cuanto me di cuenta de quién era (tardé diez segundos completos después de abrirle la puerta a este hombre crispado con el cabello gris y observarlo detenidamente tratando de reconocerlo).

Supongo que, en cierto sentido, *estaba* perdido. Perdido dentro de recuerdos borrosos que no pasan de mis tres años de edad. Es un poco difícil no olvidar recuerdos tan distantes.

Y ahora no sólo debo recordar: debo vivir con eso. Con *él*. En la tierra de silencio y verdor sin transporte público.

La cosa está, como dicen, jodida.

Sé que debería alegrarme de que Curtis no me haya abandonado del todo. Podría haber dejado que me metieran en el orfanato. Creo que debo estar contenta de que no lo haya hecho.

Un listón bastante bajo, según mi opinión, pero así es mi vida últimamente. No me quedan más que migajas, y sigo luchando por ellas porque no hay nada más.

Curtis no sabe cómo ser padre. Y aunque él lo averiguara, yo ciertamente no sé cómo tener padre, y he aprendido a las malas que la única persona a la que puedes necesitar sin salir herida eres tú misma. Por eso creo que estamos bastante fastidiados, los dos contando en secreto los días que faltan para cumplir dieciocho años y así poder largarme de aquí y que él se libre de mí.

Muy bajo el listón. ¿Es esto lo que mamá quería para mí? Dios... ¿a quién quiero engañar?

Ella no estaba pensando en mí. Tengo que convencerme de que ella *no* estaba pensando en mí, para nada. Si lo hubiera hecho (si mi nombre, mis ojos, mi sonrisa o alguna parte de mí

hubiera penetrado por la neblina que se había asentado sobre ella), no lo habría hecho.

Pensar en mí la habría detenido (porque yo no estaba ahí para detenerla). Como decía, estoy luchando por las migajas.

Despierto antes de que suene la alarma, así que la apago y cubro mi cabeza con el edredón, a pesar de que a las nueve de la mañana ya hace calor. Oigo a Curtis en la cocina, yendo de un lado a otro, preparándose para ir a trabajar mientras yo me escondo bajo el edredón. Está inquieto. *Un alma inquieta*. Así le decía mamá, cuando hablaba con ella sobre él, cuando era más pequeña y me interesaba. Cuando era más pequeña y pensaba *Tal vez él regrese*.

Ella sonreía al decirlo, pero de una extraña manera agri-dulce. Como si nunca hubiera sabido cómo debía sentirse con respecto a él. Me pregunto si alguna vez lo pudo averiguar.

¿Hubo claridad al final?

¿Arrepentimiento?

¿*Algo* penetró por la espesa niebla gris que la había envuelto a ella, y al apartamento, y a nuestra vida, durante los meses anteriores a...?

No puedo ni pensar en eso. Si lo hago, pensaré en ese día y las semanas que le antecedieron, y eso me llevará a los meses en los que me decía a mí misma que todo estaba bien, aunque sabía que no era así. Y todo eso desembocará en: ¿*Por qué no fuiste mejor, Coley?* ¿*Por qué no fuiste más rápida?* ¿*Por qué no te diste cuenta de lo mal que estaba?*

Ninguna de las preguntas tiene una buena respuesta, o una respuesta fácil, de modo que seguiré huyendo de ellas, muchas gracias.

Curtis se va al trabajo, y ahora que la casa está vacía y no hay riesgo de un desayuno incómodo, salgo de la cama. Llevo

aquí más de una semana, pero no he sacado casi nada de las cajas. Si lo hago, entonces es permanente.

Pero no es que esté engañándome. Sé que ya estoy aquí atrapada. Sólo estoy retrasando un poco el momento de sacar las cosas, aunque sea inevitable. Por eso dicen todo eso de la gente que niega lo inevitable. Es una condición humana o algo así.

Estoy actuando de manera perfectamente normal.

Me ha dejado un poco de café en la cafetera. Lo miro un momento, preguntándome si es una señal de reconciliación. Se quejó de mí la segunda mañana de mi llegada, cuando me descubrió bebiéndolo. Como si fuera a atrofiar mi crecimiento o algo. Como si él tuviera algo que decir sobre lo que meto en mi cuerpo, después de todos esos años de hacer como si yo no existiera.

Si es una señal de reconciliación, me cabrea todavía más que si lo ha olvidado sin más. Ya sé que debería estar *agradecida...* y creo que a él lo confunde un poco el hecho de que no lo esté. Ahí vuelve otra vez ese listón bajo del que hablaba. Una hormiga podría saltarlo.

En el frigo hay una nota y un billete de veinte dólares debajo de un imán de plástico con forma de uvas: LOS DE LA MUDANZA ENCONTRARON TU BICICLETA. VE A HACER AMIGOS.

Guardo el billete y tiro la nota a la basura. Trato de no pensar en las innumerables notas que guardé en una lata metida en alguna de esas cajas que no he abierto. A mamá le gustaba escribir notas para el frigo. Citas, letras de canciones, bromas y afirmaciones. A veces, cuando ella estaba deprimida, yo podía observar cómo iba recobrando el ánimo porque empezaba a llenar otra vez la puerta del frigorífico. Pero no era una ciencia exacta.

No lo fue la última vez.

VE A HACER AMIGOS. Lo escribe como si fuera fácil. Como si yo tuviera algo en común con alguien de ahí afuera. Tal vez... si allá alguna otra chica está eludiendo alguna mierda inevitable, supongo. Pero eso no es precisamente una pregunta que puedas hacerle a alguien cuando lo conoces. Sería muy extraño.

Pienso en quedarme en casa todo el día, desafiando su nota. Pero Curtis sigue siendo para mí una incógnita y no sé cómo reaccionaría. No me ha gritado ni nada, pero nunca se sabe. Además de algunas anécdotas suyas de hace quince años, y que me consta que para él fue fácil soltarme. Es todo lo que sé.

Y quedarme en esta casa que en lugar de aire acondicionado tiene un simple ventilador es como estar en el infierno, así que agarro mi bici y salgo a rodar en ella. Podría quedarme afuera hasta tarde. Él no dirá que se preocupa o que tengo una hora de llegada.

Estoy bastante segura de que ni siquiera se le ocurriría ponerme hora. Novato.

El barrio donde vive Curtis tiene un aspecto decadente, pero trata de que no se note. Un poco como él. Las casas son viejas y están tan cuidadas como es posible cuando en realidad no puedes darte el lujo de hacerlo. En los jardines, pequeños y podados, el césped está disparejo, como si hasta la tierra supiera que no sirve de nada y se hubiera rendido.

—¿Qué pasa?

Qué raro saludo. Sólo miro a la mujer antes de pasar a su lado a toda prisa.

—¡Claro! —exclamo por encima del hombro como una estúpida. Pero, en serio, ¿quién dice *qué pasa* a una desconocida? ¿Es esto lo que puedo esperar? Menuda mierda. El instituto

será una mierda. Por ahora, me salva el verano, pero no creo que Curtis me vaya a dejar zafarme en el último año.

Salgo del barrio y cruzo el gran puente de piedra que no tiene carril para bicicletas ni acera, así que el autobús que viene atrás de mí piensa que es útil tocar el claxon cada pocos segundos, a pesar de que voy lo más rápido que puedo. Al final, el tipo me adelanta, pero no sin enseñarme el dedo corazón. Un bonito espectáculo de amabilidad pueblerina.

Mientras pedaleo por las vías del ferrocarril, pienso en tratar de subirme a un tren y dejar que me lleve a lo desconocido.

Es algo que mamá habría hecho en su día, apuesto a que sí. Ir de polizona o como se diga (quizás haya una palabra mejor para eso). Mamá era intrépida. Sin duda, alguien que se subiría a un tren y dejaría atrás todo lo conocido.

Ella y yo siempre habíamos sido un equipo. Pero resultó que estábamos jugando un juego que yo no entendía y las dos terminamos perdiendo. Parece que lo único que hago es perder cosas.

Por fin vislumbro algo de civilización y no sólo un montón de casas andrajosas y árboles. Hace mucho calor, el horizonte titila cuando descubro el centro comercial y lo hace parecer casi mágico, en vez de un mero lugar con aire acondicionado. Pedaleo hacia el aparcamiento con el sudor corriendo por mi espalda. Hay un restaurante chino, un centro de bronceado que se llama Besada por el Sol (su logo es un repulsivo sol besucón)... y ahí está: una sala de videojuegos con un gran letrero: TENEMOS AIRE ACONDICIONADO. Al lado, hay algunas tiendas cerradas con tablas y unos tíos haciendo skate. Supongo que en esta tierra de árboles y carreteras de dos carriles aprovechas cualquier cuadro de cemento que encuentras.

Me bajo de la bici balanceando la pierna y la empujo hacia un poste cerca de la sala de juegos: un sitio perfecto para ponerle la cadena. ¿En Oregón se les pone cadena a las bicis? ¿O la gente aquí no roba? No, por supuesto que no: la gente roba en todas partes.

Rechinidos. Me estremezco con el ruido de unas llantas de coche avanzando demasiado rápido y demasiado cerca; me echo atrás tan rápido que caigo, me raspo los codos en el pavimento, la bicicleta se desploma traqueteando encima de mí y el pedal se clava en mi muslo mientras una furgoneta viene hacia mí a toda velocidad.

No he revivido toda mi vida en un instante. Sólo dije *Ay* y luego *¡Mierda!* y luego...

Nada.

Estoy apretando los párpados. No me doy cuenta hasta que no siento el impacto. Me tengo que obligar a abrir los ojos; la cara y el cuerpo están encogidos, preparados para el choque.

—¡Santo cielo!

—¡Dios mío...! *¡Trenton!* —dice una voz de chica.

—¿Qué! *¡¿Qué?!* ¡Ha salido de la nada!

—¡Eres un idiota! —añade la chica bruscamente, y yo, en mi aturdimiento, no puedo sino estar de acuerdo: Trenton *es* un idiota.

Haciendo una mueca de dolor, me empujo con los codos raspados. Cuando por fin puedo ver al conductor que ha estado a punto de matarme, ¿qué hace él? Me sonrío, como si con eso fuera a cautivarme. Hay otro chico en el asiento delantero, pero él no está sonriendo: parece tan traumatizado como yo me siento.

—¡Trent! No lo puedo creer —grita la chica por la ventana, y luego la puerta se desliza y sale del vehículo. Lleva una

blusa de rayas y pantalones por encima del tobillo. Se mueve con una elegancia natural. Hay chicas que se ven bien sin importar cómo se vistan. Tiene la piel bronceada, piernas largas, el cabello oscuro que le roza los hombros. Se lo coloca detrás de las orejas y viene corriendo hacia mí. Sigo la pista de sus movimientos y me engancho en el color de sus uñas: violeta, ese tono curioso entre morado y azul.

Estoy jadeando más ahora que cuando estaba tirada en el suelo, segura de que me iban a aplastar.

Sus ojos oscuros —infinitos, interminables, intrépidos— se topan con los míos y es como recibir un golpe en todo mi ser. Un cataclismo en los sentidos.

No puedo alejar la imagen de mí, no puedo adquirir perspectiva.

No puedo ver nada más que a *ella*.

CUATRO

-¿E stás... hum... bien? —pregunta la chica. Tiene una belleza que nadie se atrevería a negar. Con algunas chicas es a cara o cruz. No creas que soy una ingenua. Yo definitivamente caigo en la categoría “algunas chicas”. Mona, pero no guapa, ¿sabes? Así son las cosas. Soy realista.

Pero esta chica... Es preciosa. Una belleza para caerse de espaldas, para olvidarte de todo y perder la concentración al verla.

Me está mirando y tengo que reaccionar y responderle, pero estoy paralizada. El imbécil del conductor está ahí parado, riéndose como si el hecho de que mi bicicleta esté tirada fuera lo más divertido del mundo.

—¿Hola? —la chica, impaciente, pasa la mano frente a mi cara.

—Sí, estoy bien —respondo con el ceño fruncido.

Miro al chico alto y agita la mano como para decirle que se calle, pero cuando se vuelve hacia mí, parece que está sonriendo por sus payasadas.

Enfurrugada, agarro mi bici y me voy a encadenarla. Regreso a la realidad, porque hasta este momento he tenido un día de mierda. Creo que ese idiota podría haberme atropellado *de verdad*, en vez de haber estado sólo a punto de hacerlo.

Hoy los listones bajos se están luciendo.

—¡Saliste de la nada! —exclama el chico mientras me alejo furiosa hacia la sala de videojuegos, y odio sentir las mejillas calientes y peleo contra el impulso de hacerle un gesto con la mano. En vez de eso, encadeno mi bici en uno de los postes de acero y me escabullo, tratando de no hacer caso de las palpitaciones en mi estómago. Como no funciona, me digo que esa sensación se debe a la experiencia de haber estado a punto de morir.

La adrenalina te hace sentir toda clase de cosas. Sólo necesito tranquilizarme y dejar que se enfríen las emociones.

Pero va a ser difícil, porque el “aire acondicionado” del que alardeaba la sala de videojuegos en su letrero exterior no es más que un ventilador destartalado que ni siquiera gira. Fabuloso. Estaría más fresca en casa.

A pesar de todo, se siente una brisa. A estas alturas, cualquier cosa es buena antes de regresar con la bici.

El resto de la sala de videojuegos está poco iluminada, pero los juegos (en tres grandes hileras de maquinitas) resplandecen. Hay futbolines, detrás de ellos mesas de hockey de aire, y a mi derecha una pequeña área de comida con mesas astilladas y apretujadas. Me planto frente al ventilador y cierro los ojos, tratando de encontrar un poco de tranquilidad.

—Eh, a ese tío del club estuvo a punto de darle un derrame cerebral —se jacta una voz a mi derecha—. ¡Qué fácil lo dejamos atrás! Y SJ, ¡pum!, va y se cae —ríe ruidosamente.

Trato de ignorarlo.

—Tienes que dejar de ser tan bocazas, Trenton —alguien, el otro chico, lo regaña—: casi me provocas un ataque de asma.

Uno de mis ojos se abre de golpe

—¿Y si SJ se hubiera lastimado?

Ésa es la voz de *ella*. ¿Cómo puedo saberlo si apenas ha pronunciado unas cuantas palabras?

—No vi que te detuvieras por SJ, Sonya —dice Trenton con sorna.

El ventilador prácticamente no enfría nada, así que abanico con el dobladillo de mi blusa, tratando de propiciar el flujo de aire. Pero qué calor hace.

—¡Eh!

El idiota que no sabe conducir ya ha hablado tanto que reconozco también su voz, así que no me doy la vuelta.

—Eh, bombón, ven aquí.

Diría que es como un perro con un hueso, pero un perro al menos sabe obedecer órdenes. Los chicos como él no.

—Déjala en paz —dice el otro tipo.

—¡Sólo estoy siendo amable! Ven, ven aquí.

Miro por encima del hombro y noto que el otro chico le tapa la boca a Trenton con la mano y se agacha. En quien me concentro es en ella: la ha llamado Sonya. Está sentada entre los dos chicos en una de las mesas y, cuando levanta la mirada, yo camino. Trenton hace un ruido de satisfacción, como si estuviera yendo hacia él, pero ella hace un gesto con la boca que me hace pensar que sabe la verdad.

—¿Querías algo? —le pregunto a Trenton, pero antes de que pueda responder, las puertas de la sala se abren de golpe con tal dramatismo que las destartaladas mesas vibran. Una chica de flequillo y coletas con rasguños sanguinolentos en las rodillas se acerca cojeando.

—¿Qué mierda os pasa? —les dice a los tres que están sentados antes de dejarse caer en la silla vacía junto a la que estoy parada—. No puedo creer que me hayáis dejado sola con ese gorila enfurecido. Si me quedan cicatrices en las rodillas, tendréis que pagar la cirugía plástica.

—Cálmate —dice Trenton riendo—. ¿Por qué no me traes una coca?

La chica de coletas le da un manotazo a Trenton. Me parece casi admirable cómo se contiene; yo le habría dado un puñetazo.

—Me he caído por *tu* culpa, imbécil. *Tú* me traes a *mí* una coca. Y un pretzel. Merezco una dosis de carbohidratos.

—Lo siento, bebé —le dice Sonya pasándole el brazo por el cuello para tranquilizarla—. Los chicos me hicieron salir corriendo; no tuve más remedio.

—Nunca estás de mi parte —refunfuña la de las coletas, y luego su mirada se posa en mí, parada ahí como una perdedora y fisgona. El desdén de su mirada calienta mis mejillas justo cuando empezaban a enfriarse—. ¿Y ésta quién es? —pregunta acurrucándose en Sonya.

—La chica a la que casi mato —dice Trenton con ojos brillantes—. Aunque, si lo miras de otro modo, es la chica a la que le salvé la vida pisando los frenos *justo* en el momento debido. Mamá estaría tan orgullosa de mí.

No me molesto en responder. Debería irme, pero por alguna razón no consigo que mis pies se muevan.

—SJ, ¿Brooke ya te ha dicho algo del lago? —pregunta Sonya.

—Todavía no —su mirada vuelve a posarse en mí—. ¿Y entonces tú eres...?

—Coley.

—¿Y qué te pasa? —pregunta SJ—. ¿No hablas?

—Sí hablo —digo.

—¿No has oído que la gente más inteligente es la callada, porque escucha? —suelta el otro chico. El agradable, que automáticamente me cae mejor porque no es Trenton.

—Ay, genial —dice Trenton desdeñoso—. Otra chica lista, justo lo que necesitamos —se inclina hacia delante con una sonrisa llena de lujuria—. Apuesto a que eres buena para escuchar, Coley.

—Bueno, como sólo dices tonterías, es una tarea fácil —le respondo.

—¡Dios mío! —exclama SJ y Sonya empieza a reírse con ella. Los chicos se quedan con la boca abierta. Pero SJ deja de prestarme atención—. Brooke ya me ha contestado. Hoy vamos al lado norte del lago.

—Genial —dice Trenton poniéndose de pie, y es como si fuera el rey o algo así, porque todos los demás siguen su ejemplo. Yo doy un paso atrás, alejándome de Sonya, mientras ella arrastra la silla y se levanta.

Pasan a mi lado como si yo ni siquiera estuviera ahí, pero mientras salen por la puerta, ella se vuelve hacia mí una última vez y yo no puedo evitarlo. La sigo.

El calor continúa siendo agobiante cuando salgo. Me agacho para desencadenar la bici y trato de no hacer caso del grupo que se dirige a la furgoneta, a la que Trenton ya se ha subido.

—¡Eh! ¡Coley!

Miro por encima del hombro. Ella está subiéndose a la furgoneta mientras Trenton, en el asiento del conductor, pone cara de pocos amigos.

—Vamos a ver a unos amigos en el lago —continúa Sonya.

—Muy bien —digo.

Ella pone los ojos en blanco y chasquea los dedos en actitud grosera y prepotente.

Mi estómago colapsa como si estuviera en una montaña rusa, cuando al chasqueo de dedos le sigue:

—Y bien, ¿vas a venir con nosotros?

Mi mente es como una pantalla dividida; las opciones: la casa de Curtis, que no-es-un-hogar, o esta chica.

Cualquier cosa es mejor que Curtis.

—Sí, ya voy.